



El negro Níco

(Cuento dominicano), por J. M. SANZ LAJARA

YO tenía ocho años de edad cuando mi madre decidió pasar una temporada al lado de mi abuela, en la hidalga ciudad de Santiago de los Caballeros, en el Cibao. Recuerdo que salimos de la capital —entonces Santo Domingo— en una mañana húmeda de enero y arribamos al hogar de mi inolvidable mamá Teresa la misma tarde. La llegada fué memorable. Yvonne, mi hermanita, bufaba por el hambre con ruido ensordecedor, y yo, aun gastándome las de caballerito, mostré, sin embargo, abierta rebeldía a los besos y los mimos con que me recibieran mis parientes.

Nos zambulleron en la cama al toque de oración, y hoy, no obstante los años transcurridos, guardo todavía en mi memoria la imagen de mamá Teresa, paliducha y huesuda, murmurando las palabras del santo rosario y sonriendo, de vez en vez, cuantas ocasiones reparaba en nosotros.

Al amanecer me despertó un coro de sonidos para mí inexplicable. Imaginé rugidos de leones, estornudos de elefantes, y en las voces que al través de las paredes de madera llegaban a mi oído creí reconocer las de algún pirata salgarino, de aquellos que ya para esa época conocía yo tan bien. Así, ¡gran decepción la mía al salir luego al patio y no encontrar otra cosa ni otros seres que unos cuantos negros campesinos y una recua de burros y caballejos!

Mi tío Miguel Angel poseía y regentaba una farmacia, aledaña a la casa. Desde el patio se podían ver los anaqueles, repletos de frascos multicolores, y a mi tío, de negro bigote y reposado caminar, hurgando allí y acá, con aires para mí de lo más misteriosos, con ese misterio que el mundo adquiere para los ochoabrileños, como era yo entonces.

—Ven, sobrino —me dijo al divisarme—, quiero presentarte a unos amiguitos.

Me tomó de una mano, abrió una puertecilla que en el muro del patio había e irrumpimos en el solar colindante. Allí vi más animales y más negros, más piafar de bestias y decires campesinos. Tío Miguel Angel silbó

cabalísticamente y surgieron de detrás de un árbol de mango un par de chiquillos retozones, con pistolas al cinto y arrogancias de caciques.

—Raimundo y Manuel —dijo mi tío—. Son tus vecinos y debes jugar con ellos.

Formamos de seguida un conciliábulo, en el cual se decidió que para ser yo un capitalaño no estaba del todo mal. Raimundo me prestó una de sus pistolas y me anunció:

—Eres raso, ¿me oyes? Manuel es el capitán y yo el coronel. Tienes que obedecernos.

Aquello no fué muy de mi agrado, y un rato más tarde le endosamos a mi hermanita Yvonne los deberes de un soldado raso y yo quedé ascendido a teniente. ¡Las cosas no iban tan mal! Sorteamos, entre los dóciles burriquitos presentes, al que sería mi *Rocinante*.

—Ahora —me ordenó Raimundo— tienes que montarlo.

Admitir que no sabía hacerlo hubiese sido imperdoble de mi parte, y así, ante los alaridos de espanto de Yvonne, salté sobre el lomo de la bestia e iluminé mi rostro con destellos inconfundibles de héroe o de conquistador. El burro, que era muy burro, no estuvo al parecer de acuerdo y comenzó a lanzar coces. Volé por la primera vez en mi vida, cerrando los ojos en espera del golpe morrocotudo que debía recibir al caer en los guirgarros del pavimento. ¡Pero no caí! Algo suave y acojinado detuvo mi vuelo, y cuando abrí los ojos me encontré en brazos del negro Níco.

—¡Negro Níco, negro Níco! —exclamaban a coro Manuel y Raimundo.

—¡Muchachitos malos! —dijo él—. ¿De quién fué la idea de montar a mi burro *Colasín*? ¿No saben todavía que es indomable?

El negro Níco me colocó tiernamente en el suelo y me miró. Después a mi hermanita, quien, mujer al fin, lo examinaba con recelo.

—¿Cómo os llamáis?

Nos presentamos como mejor pudimos, y el negro Níco nos hizo sentar a todos bajo el mango. ¡Negro Níco! Era muy flaco, de barbilla salida.

como una aguja; ojillos escondidos y curiosamente verdes, pelo hirsuto y casi del todo blanco, pecho ancho y brazos simiescos. Se movía lentamente y agitaba sus manos a cada palabra y no pasaba un minuto sin que exclamara esta frasecita, que era como una clave de su humor: "¡Uay hombre!"

Aquella mañana se inició nuestra amistad, amistad que debía durar todo el tiempo que estuvimos en Santiago. El negro Níco era, de lo que luego he ido hilvanando, personaje muy discutido en el pueblo y en los campos. No era dominicano, pues hablaba el castellano castizamente; no era campesino, que sus manos sin callos de seguro jamás realizaron faena dura. Pero el negro Níco siempre tenía dinero, lo gastaba a manos llenas y nunca hizo daño a nadie. Y por sobre todo, el negro Níco, con sus cuentos, entretenía a nuestra pandilla de aventurerillos, para tranquilidad y reposo de mi madre, mi abuela y mi tío. ¡Por eso el negro Níco podía entrar y salir como le viniera en gana!

—Con lo único que no estoy de acuerdo —solía decir mi tío Miguel Angel— es con las historietas que Níco le hace a los niños. Eso no está bien. ¡No debes creerlas! —me advertía—. ¡Son una sarta de mentiras!

—Déjalo en paz —ordenaba mamá Teresa—. ¡Ya descubrirá José Mariano mentiras peores en la vida!

Y así, consentido por mi abuelita, con mi madre haciéndose la sorda y la ciega y mi tío resignado, el negro Níco siguió brindándonos ratos inenarrables bajo el frondoso mango del patio. El único inconveniente era Yvonne. A mi hermanita no le interesaban los cuentos del negro Níco, y cuando él comenzaba a hablar ella tomaba una de sus muñecas y se iba al más lejano rincón del patio. Desde allí, sola y herida, nos miraba con indiferencia olímpica.

—¡Es mujer! —comentaba el negro Níco—. Dejádla en paz. ¡El mundo sería tan agradable sin las mujeres!

Y Níco alzaba sus manos y hablaba, hablaba por los codos, por la camisa, por los ojos. Relatábanos correrías por los montes; él en comando de una guerrilla de revolucionarios que siempre ganaba la revolución; de su entrevista con el "Presidente" cuando Su Excelencia le ofreció un puesto de capitán, que Níco —¡negro astuto!— no aceptaba por no comprometerse con las amistades de los otros partidos.

—Yo soy un caso único —decíanos—, yo soy negro de pelo en pecho.

—¡Y eso qué es? —inquiríamos abobados.

—Para ser de pelo en pecho hay que haber peleado mucho y no tenerle miedo a nada ni a nadie, como yo.

—¡Tú no le tienes miedo a nada? —preguntaba Raimundo.

—¡A nada! —aseguraba Níco—. Cuando la guerra de Puerto Rico yo solo maté a veinte hombres.

—¡Veinte? —y abríamos la boca de a vara.

—Creo que treinta, o más. Y en Venezuela fui a pie desde el Orinoco hasta Panamá. ¡Uay hombre! Yo he nadado desde Higüey hasta Ponce.

Luego, con los años, ante el mapa de América, iba yo a descubrir que las hazañas de Níco superaban las de todos los héroes griegos y romanos. Pero entonces no había estudiado cosas tan complicadas y Níco fué adquiriendo en mi cerebro las proporciones de un ídolo. Un ídolo tan humano como sólo puede crearlo un niño de ocho años.

—¡Cuántos años tienes, Níco? —le pregunté un día.

—¡Uay hombre! ¡Eso sí que no lo sé!

—¡Y por qué, Níco?

—Mi vida es muy complicada, muchacho. Gente como yo, que ha vivido en todas las islas del Caribe, no puede pensar exactamente cuándo nació. Madre decía que en el sesenta, padre que en el cincuenta. ¡Uay hombre! Podré tener ochenta años, pero me siento más fuerte que un toro de dos años.

—¡Y de dónde sacas tanta plata? —quiso saber Raimundo, quien con sus doce años no creía a pie juntillas a Níco.

—¡Hum! —exclamó el negro—. ¡Esa es historia larga! Pero se la voy a hacer. Eso sí, ¡me guardan el secreto! ¡Entienden?

—¡Claro, Níco! —juramos al unísono.

—Bien... —comenzó—, cuando yo era pirata...

—¡Pirata! —exclamamos.

—¡No se lo había dicho? ¡Claro que fui pirata! Me enrolé en una banda de ingleses que vinieron a Puerto Plata en el ochenta y cinco, y en tres asaltos que dimos llegué a capitán. ¡Uay hombre! Si ustedes hubieran visto al negro Níco con un puñal en la boca, gritando desde proa: "¡Enemiiiigo a la vista!" Yo solito decidí una batalla frente a Mayagüez, y Juan el Terrible... ése era mi jefe... pues me dijo: "Níco, tú eres el más bravo de mis bravos. Quiero regalarte mil pesos oro y nombrarte mi segundo".

Yo me rasqué la cabeza y le dije: "Juan, muchas gracias por la distinción, pero no puedo aceptarte el nombramiento. A Níco no se le puede amarrar con una obligación".

—¡Y qué dijo Juan el Terrible? —interrumpimos sin aliento.

—Juan me miró asombrado, escupió cinco veces, para quitarse la mala suerte de una negativa como la mía y dijo: "Sabe, Níco, que a otro lo hubiese hecho colgar del palo mayor, pero a ti debo perdonarte. Puedes irte. ¡Te regalo dos mil pesos oro en vez de mil!" Y yo me fui, sí, señores; agarré un bote de vela y fué cuando me vine para Samaná. Y allí... —añadió, bajando la voz y alzando las manos al cielo—, en un islote que nadie conoce, escondí mis *morocotas*. ¡Je, je, je! Me puse a trabajar y gané más... y más... y llegué a ser el hombre más rico de Samaná; pero como era negro, un blanco gringo me quiso robar... Y entonces fué cuando yo encabecé la revolución del ochenta y ocho. ¡Que ganamos, uay hombre, que ganamos!

—¡Y entonces, Níco...?

—Entonces fué que me metí a contrabandista, el mejor de todos los contrabandistas desde La Habana a la Martinica. Vendía ron, quinina, piedras preciosas... ¡De todo un poco! Un día me apresaron en la Florida, pero escapé y trabajé de pescador en el Golfo de México. Adquirí miles de perlas, que luego vendía a precios fabulosos en Nueva Orleans...

Y el negro Níco, flexuoso y elástico, hablaba fríamente de todas sus hazañas, hazañas en las que él era el único eterno vencedor. ¡Gran Níco inolvidable!

Una noche nos dijo mamá que regresáramos a casa. Yvonne comenzó a saborear la idea de volver a sus muñecas y sus amiguitas, el parque de la capital, los bombones, los autos; pero yo no pude dormir, febril y preocupado. ¡Irme de Santiago, cuando ya era coronel de mi pandilla! ¡Dejar a Níco y sus cuentos! Y lloré sobre mi almohada, lloré desconsoladamente al comprender que se terminaban los veinte días más felices de mi vida.

Por la mañana nos despertaron muy temprano; mamá Teresa nos acicaló con cuidado y nos atiborró de dulces y golosinas; mi tío Miguel Angel hasta me regaló un frasquito, lleno de un líquido verde, que siempre ambicioné poseer. Mas nada de eso me consolaba. Cuando llegó el supremo momento de la despedida se me aguaron los ojos y busqué en mi alrededor... ¿Dónde estaba el negro Níco? ¡Ah! Al arrancar el auto con mi madre, mi hermana y yo, el viejo negro, jinete en su arisco *Colasín*, apareció a la vuelta de una esquina, alzó su mano diestra en un saludo rítmico y gritó:

—¡Adiós, mi comandante, adiós!...

Han pasado muchos años. Yo nunca volví a ver a Níco ni a escuchar sus sabrosas historietas. Cuando la vida me enseñó lo que es verdad y es mentira, hubo en mí cierta rebeldía al pensar en Níco. ¿Níco embustero? ¡No! Ese negro bueno, ese negro de gran imaginación, no fué nunca un embustero. Aunque mi tío Miguel Angel o mi hermana Yvonne ni siquiera lo recuerden, yo sé que el negro Níco está en el cielo, esperándome impaciente con nuevas historias, y quizá —¡por qué no?— dispuesto a saludarme a mi llegada con un estentóreo:

—¡Salve, mi comandante José Mariano, salve!...

